

6-Dimensión internacional del conflicto

EL CONTEXTO EUROPEO E INTERNACIONAL EN LOS AÑOS TREINTA

A finales de los años treinta el escenario internacional se encontraba agitado por la amenaza de una gran contienda, y esta circunstancia pesó decisivamente en el transcurso, la duración y el desenlace de la guerra civil española. Desde hacía una década la inseguridad internacional era una evidencia, los principales países europeos habían emprendido una carrera armamentista, acentuándose el clima de crisis e incertidumbre. Mientras todos se armaban “hasta los dientes”, existía la conciencia de que las circunstancias podían agravarse por momentos y los países democráticos creían que era mejor mirar para otro lado y no darse por aludidos en la medida de lo posible. Era una política de “avestruz” que pretendía apaciguar los ánimos y eludir un conflicto.

Los regímenes parlamentarios se encontraban en retroceso en el mundo occidental y la democracia liberal se hallaba prácticamente en entredicho. La mayoría de la ciudadanía europea la consideraba como una reliquia de tiempos pasados y los más jóvenes se inclinaban por lo general hacia las propuestas autoritarias o totalitarias que habían nacido como alternativas a la democracia. Muchos ciudadanos europeos concebían la política como una batalla campal que concluiría con la rendición incondicional del adversario, al que a través de estereotipos violentos se había deshumanizado. La radicalización del lenguaje político, el recurso a la violencia, la liturgia de las armas y el gusto por los rituales y la estética paramilitares, la simbología plena de agresividad, con el puño cerrado, el saludo romano, los desfiles y los carteles de fondo bélico mostraban la existencia de un nuevo tiempo, en el que se radicalizaba absolutamente todo y se

marginaban la tolerancia, los derechos individuales y las reglas del juego democrático.

En la base de la situación se hallaban la conciencia de la fragilidad del sistema de relaciones internacionales tras la conclusión de la Gran guerra y la evidencia de que el organismo internacional encargado de la seguridad colectiva, la Sociedad de Naciones, era poco menos que una institución honorífica. Las consultas intergubernamentales permanentes, el arbitraje y la posibilidad de sanciones económicas o militares en el caso de que cualquier estado miembro fuera agredido no poseían ninguna eficacia. Estados Unidos mantuvo hasta 1941 una política aislacionista sin formar parte del organismo y Alemania y la Unión Soviética fueron admitidas en 1926 y en 1934. La crisis económica de 1929 incidió todavía más en los desequilibrios en las relaciones entre naciones y en la dinámica sociopolítica de las naciones europeas.

Entre 1932 y 1937 se duplicó el comercio mundial de armas, al tiempo que se disolvía el sentimiento popular antibélico de los años 20 y se extendía la idea de que otra guerra mundial era posible de nuevo.

Los nuevos regímenes contrarrevolucionarios y totalitarios de Italia y Alemania constituían la principal amenaza contra el orden internacional de aquel momento, pues tanto Mussolini como Hitler, en plena exacerbación nacionalista, trataban de solventar las tensiones latentes en el interior de sus países a través de una política exterior beligerante, que cuestionaba el statu quo territorial vigente e intentaba rectificar las fronteras militar o diplomáticamente.

Mussolini deseaba recuperar la grandeza del Imperio romano y desplazar a los británicos y franceses del Mediterráneo; desde el primer momento su economía se centró en la preparación de la guerra y sus primeros pasos, cautelosos, se llevaron a cabo en los años 20 en Albania, Livia y Corfú. Eran tímidos intentos mientras llegaba la ocasión propicia, pero para ello necesitaba que Italia alcanzara un nivel de potencia económica y militar indiscutible.

Hitler acariciaba la idea de restituir a Alemania su dominio y de revocar los acuerdos de Versalles. Su programa de expansión militar obedecería a una secuenciación gradual; en un primer momento Alemania debería recuperar su

capacidad militar y los territorios perdidos tras la gran guerra, mas tarde se convertiría en una potencia hegemónica en Europa central, previa neutralización o anexión de Checoslovaquia, Austria , Polonia o Francia, y finalmente debería conquistar Rusia. Para convertirse en una gran potencia mundial necesitaba la alianza con Gran Bretaña e Italia, propiciada por la renuncia alemana al Tirol y a la expansión colonial.

Francia y Gran Bretaña, potencias que garantizaban el statu quo en Europa, veían con aprensión las pretensiones italianas y alemanas, aunque no creían que ambas acabaran convergiendo contra los regímenes democráticos, puesto que los intereses de la política exterior de ambas dictaduras estaban en colisión en cierta medida. Italia deseaba garantizar la independencia respecto a Austria y ejercer un protectorado sobre los Balcanes, mientras que Alemania ansiaba anexionarse Austria y obtener la hegemonía en los Balcanes.

La URSS provocaba mayores recelos entre los diplomáticos franceses y británicos, con independencia de su adscripción política. Su naturaleza revolucionaria y anticapitalista y su ascendiente en la política interior de otros Estados a través de los partidos comunistas, preocupaba sobremanera. Existía la convicción de que una nueva guerra mundial serviría para desencadenar nuevas revoluciones sociales y acrecentar el comunismo, como había ocurrido durante la primera, y de nada serviría la moderación soviética a partir de 1933 para acabar con esa visión sesgada.

Durante la dictadura de Stalin la política exterior de la URSS se había modificado; los soviéticos eran conscientes de su vulnerabilidad estratégica , de su falta de preparación militar, y de que se encontraban directamente amenazados por el expansionismo alemán en Europa central y por el japonés en Asia Oriental. En aquellos años la política exterior soviética se decantaba por la defensa de la seguridad colectiva y el mantenimiento del statu quo ; en 1934 se habían integrado en la Sociedad de Naciones y en 1935 habían firmado un pacto de apoyo mutuo con Francia. Al mismo tiempo propugnaban la creación de frentes populares en defensa de la democracia y en oposición al fascismo..

Japón puso en evidencia en 1931 la precariedad del sistema de relaciones internacionales cuando ocupó Manchuria a pesar de las protestas de la Sociedad de Naciones. En 1933 Hitler desafiaba abiertamente al organismo de paz retirando a Alemania de la institución e iniciando un programa de rearme que quebrantaba los acuerdos de Versalles. Mussolini, dos años más tarde, asestaba otro golpe a la paz europea, iniciando la conquista militar de Abisinia. Y Hitler, en marzo de 1936, ordenó la remilitarización de Renania contraviniendo de nuevo el tratado de Versalles.

En ninguno de los casos Francia y Gran Bretaña actuaron de forma enérgica. Su prioridad absoluta consistía en evitar un enfrentamiento armado global y por ello mantenían una política de apaciguamiento, que trataba bien de una negociación explícita o bien de una aceptación implícita de sucesivas modificaciones del statu quo territorial siempre que no peligraran los intereses vitales francobritánicos y mientras que se satisficieran las demandas de quienes actuaban con la fuerza de las armas.

Gran Bretaña y Francia eran conscientes de que no podían oponerse con éxito a las tres potencias agresoras, en parte por los efectos de la crisis económica de 1929, que habían dejado a ambas naciones en un estado de debilidad económica; en parte por la dificultad de enfrentarse en un escenario tan dilatado como Oriente, Europa y el Mediterráneo. No podían recabar la ayuda de la URSS, cuya ideología resultaba inmensamente peligrosa, ni la de Estados Unidos, que se había enrocado en un aislacionismo absoluto, pero sobre todo, no podían esperar el beneplácito de la opinión pública de sus respectivos países.

Cuando estalló la crisis española, la respuesta francobritánica respondió a los objetivos de esa política general de apaciguamiento. La URSS intentaría buscar aliados occidentales para frenar el expansionismo alemán. Italia y Alemania tratarían de superar su antagonismo recíproco. En Julio de 1936 Italia aceptaría la firma del tratado austrogermano, que establecía la coordinación de la política exterior de los dos estados y el reconocimiento alemán de la preponderancia italiana en el Mediterráneo y en los Balcanes.

Con este estado de cosas, no es de extrañar que ninguno de esos países mostrara el mínimo interés por contener la guerra civil española, y de hecho, el apoyo internacional a los dos bandos contendientes fue trascendental para convertir el golpe fracasado en guerra civil. La ayuda italoalemana permitió que los golpistas trasladaran el ejército de África a la Península a finales de Julio de 1936, de igual manera que el apoyo soviético permitió que la República resistiera en Madrid unos meses más tarde.

La ayuda de la Unión Soviética a la República fue la disculpa que tuvieron las potencias del Eje para incrementar su apoyo militar y financiero al bando de los sublevados, apoyos que se mantuvieron inalterables prácticamente hasta el final de la guerra, mientras que el resto de los países europeos se adhería al Acuerdo de no Intervención.

Así, la guerra civil española se convirtió en una más de las numerosas crisis que desde Abisinia , Checoslovaquia a Manchuria, condujeron al estallido de la segunda guerra mundial. En su origen se trató de un conflicto interno entre españoles, pero en su desarrollo constituyó un episodio de la guerra civil europea que concluyó en 1945. Para muchos ciudadanos europeos y norteamericanos, España se convirtió en el campo de batalla de un conflicto ineludible, en el que al menos se batían tres enemigos irreconciliables, el fascismo, el comunismo o la revolución y la democracia.

LA POLÍTICA DE NO INTERVENCIÓN EXTRANJERA

El 18 de Julio de 1936 algunos periódicos franceses como el Paris Midi se preguntaban “Que se passe-t-il en Espagne?..Madrid ne répond pas”. Herbertte, el embajador francés en España comunicaba a su gobierno que había tenido lugar una sublevación militar en Melilla, pero que el gobierno republicano era dueño de la situación en la capital, si bien al anochecer transmitía los rumores de la extrema violencia ejercida por los rebeldes, y apuntaba que la revuelta militar había sido fácil de prever, pero menos fácil de desbaratar.

Al día siguiente, tanto Giral como Franco se dirigieron en demanda de ayuda a las potencias europeas, pues España no contaba con los medios ni equipos militares necesarios para sostener un esfuerzo bélico prolongado.

Giral ni siquiera cifró su mensaje y cualquiera podía leer su petición de ayuda. *“Nos hemos visto sorprendidos por un peligroso golpe militar. Ruego disponga ayuda con armas y aeroplanos”* El embajador español en París, Cárdenas, acababa de ser cesado, y a pesar de ello transmitió la petición de armas al Gobierno francés, con el convencimiento de que sería desestimado.

El socialista León Blum presidía el Gobierno francés, como resultado del triunfo de una coalición frente populista de socialistas y radicales, apoyado en la Asamblea Nacional por los comunistas. Blum aceptó hacerse cargo del pedido de armas de Giral con el argumento de que esta ayuda, mantenida en secreto, podía servir para desbaratar el intento de golpe de Estado reaccionario español. Y porque la razón de ser del Frente Popular era hacer frente al fascismo. En el caso de que triunfara la sublevación en España, Francia se vería amenazada por tres países fascistas.

La opinión pública francesa y los medios políticos franceses, bien informados por las filtraciones llevadas a cabo por algún funcionario de la Embajada de España en París, se dividieron al conocer esa decisión. La izquierda, socialistas y comunistas, y gran parte del Partido Radical, aprobaron la medida como era de esperar. Pero la derecha política, amplios sectores de la Administración estatal y del ejército y la opinión pública católica rechazaron el envío de cualquier auxilio a la República, exigiendo la neutralidad por una doble razón, por el temor a que la ayuda francesa pudiera desencadenar una guerra europea, o bien por el temor a la revolución que se percibía en el bando republicano español. El presidente de la República, Albert Lebrum, comunicó a Blum que la entrega de armas a España podía significar la guerra europea o la revolución en Francia, y la prensa de extrema derecha se convirtió en un instrumento que paralizaría la acción del Gobierno y en un catalizador de la fractura que desgarraba a la convulsa sociedad francesa. L'Action Francaise informaba el 22 de Julio que Delbos, ministro de Negocios Extranjero, había mostrado sus reservas ante la venta de armamento a

la República española, en contra de la intención favorable de Blum, el ministro del Aire, Pierre Cot y de Jules Moch. Acababa afirmando que la ayuda a la República Española llevaría a Francia a las puertas de la guerra. Los militares franceses coincidían en esta apreciación, era una crisis peligrosa en el contexto internacional y contagiosa en el plano doméstico.

Gran Bretaña adoptó desde el primer momento una posición de estricta neutralidad. Los conservadores que estaban en el poder veían en la guerra civil española un peligro para el statu quo europeo y sobre todo temían una nueva guerra europea. Pensaban que en España no existía ningún Gobierno, que por un lado se encontraba un soviet virtual y por el otro lado las fuerzas militares. La represión en la retaguardia republicana de los primeros momentos les había convencido de la imposibilidad del Gobierno republicano de hacer frente a la revolución, y poseían la certeza de que la República española estaba virando hacia el comunismo. Certeza interesada sin duda, pues los informes que llegaban desde Gibraltar no hacían más que corroborar sus opiniones.

La neutralidad británica suponía el embargo de las armas y municiones que se dirigieran a España y significaba de hecho la equiparación de los rebeldes con el legítimo gobierno del país, el único que poseía capacidad jurídica para adquirir dicho material.

Finalmente, la profunda división en el seno del país galo y la firme y obstinada actitud neutral británica, llevaron a los gobernantes franceses a revocar su idea de prestar ayuda a la República, cancelando los envíos de armas y municiones que estaban en curso, y alineándose junto a Gran Bretaña en una precisa neutralidad.

Sin lugar a dudas esta actuación determinó desde el primer momento el curso de los acontecimientos, puesto que los rebeldes obtuvieron los apoyos solicitados de Alemania e Italia. La República se encontró desasistida por sus aliados naturales, abandonada a su suerte, sintiendo la soledad más absoluta en el panorama europeo.

El 30 de Julio de 1936 dos aviones enviados por Mussolini a Franco aterrizaron erróneamente en Argelia, poniendo en evidencia la ayuda prestada. El gobierno

francés intentó evitar que Italia y Alemania ayudaran a los rebeldes y propuso que las principales potencias europeas suscribieran un Acuerdo de no Intervención en España y prohibieran la venta, envío y tránsito de armas y municiones con destino a ambos contendientes. A finales de agosto de 1936 veintisiete Estados europeos habían suscrito el acuerdo; no era un tratado jurídico de obligado cumplimiento, sino una declaración política de cada Gobierno. Precisamente esa falta de obligación de llevar a cabo los compromisos serviría para amparar el incumplimiento de los mismos. El 9 de septiembre se constituía el Comité de Intervención, que tendría su sede en Londres y estaría integrado por los representantes diplomáticos en esa capital; su finalidad sería la de vigilar que se aplicara el acuerdo de embargo de armas colectivo. Lord Plymouth, delegado británico presidiría el organismo y pronto se constituyó un Subcomité de No Intervención en el que participarían los representantes de los países vecinos de España y los principales productores de armas, a saber, Francia, Portugal, Bélgica, Checoslovaquia, Gran Bretaña, Italia, Suecia y la Unión Soviética. Para examinar las denuncias de infracción del acuerdo no se admitía que los denunciadores fueran los bandos españoles, ni la prensa u otras instituciones independientes, se requería que lo llevaran a cabo cualquier Gobierno partícipe en el acuerdo. El Subcomité examinaría las pruebas presentadas, pediría explicaciones al Gobierno acusado pero no podría sancionar en el caso de que demostrara la autenticidad de la denuncia. Un código deontológico, un código de honor, amparado en las intenciones y sin posibilidad de tomar otra medida que la recriminación verbal o por escrito no podía ser tomado muy en serio por quienes estaban dispuestos a incumplirlo. De manera que esa nueva organización creada sería más aparente que real. Mussolini lo describió perfectamente, debía tener “*un carácter puramente platónico*”. Italia, Alemania y Portugal no dudaron en suscribir el acuerdo, era la manera de aliviar la tensión internacional, pero siguieron enviando suministros. El 28 de agosto de 1936 se reunieron en Roma los representantes de los gobiernos alemán e italiano con el fin de tomar unas decisiones conjuntas y decidieron proseguir los envíos, dirigirlos únicamente a Franco, bajo el control de las fuerzas armadas, y enviar un oficial por cada uno de

los gobiernos con la misión de comunicarse con Franco. Entre sus competencias estarían la garantía de los intereses de ambos países desde el punto de vista político militar y económico militar, el asesoramiento a Franco, el acuerdo del pago de los suministros y no exigirle a Franco ninguna compensación política. Es evidente que este acuerdo favorecía especialmente a Franco pues le otorgaba la consideración de único interlocutor válido y por tanto de cabeza rectora de la sublevación. Franco sabría aprovechar esta circunstancia para abrirse camino entre sus rivales.

Durante el mes de septiembre de 1936 la internacionalización de la guerra civil generó una estructura de apoyos e inhibiciones que favorecía a los militares rebeldes y perjudicaba al Gobierno republicano. Alemania e Italia seguían suministrando materiales de guerra y Portugal seguía prestando apoyo diplomático y logístico. Quedaban así sentadas las bases asimétricas en las que los beligerantes españoles fundamentaron las relaciones con sus aliados, y sobre todo quedó determinada la capacidad defensiva del Gobierno republicano.

La República sólo encontró un abierto apoyo en México; Lázaro Cárdenas autorizó la venta de material perteneciente al ejército mexicano y apoyó diplomáticamente la causa gubernamental. La calidad de este material debía dejar mucho que desear, no hay más que leer a Orwell o a cualquiera que tuviera que manejar ese tipo de material para darse cuenta. Otro tipo de apoyo que encontró fue moral, entre la intelectualidad y los ámbitos populares occidentales, que se tradujo en el reclutamiento de voluntarios y en la recepción de ayuda humanitaria.

En ese orden de cosas, los gobernantes republicanos no tuvieron más remedio que acudir al mercado negro de armas internacional, y las embajadas españolas en Europa se convirtieron, como diría Pablo de Azcárate refiriéndose a la de París, en un zoco por el que pululaban individuos de dudosa moralidad, que prometían armas que no tenían, o acababan vendiendo, como en el caso de los polacos "*chatarra a precios astronómicos*". Había que distinguir entre las ofertas mínimamente serias y las que eran directamente estafas. Los traficantes polacos, checoslovacos, bálticos o turcos tuvieron la oportunidad de sacar sus excedentes a costa del Gobierno de la República

Pero tal vez el principal valedor que encontró Franco fue la Iglesia, y su guerra devino en Cruzada .La denominación tenía ecos medievales pero sus necesidades eran propias del siglo XX, Alemania e Italia, con la bendición de la Iglesia católica, se aprestaron a satisfacerlas.

LA AYUDA A FRANCO.ITALIA, ALEMANIA Y PORTUGAL

Bien pronto Franco requirió la ayuda alemana, y ante el silencio inicial, el 23 de Julio de 1936 envió a dos empresarios nazis residentes en Marruecos para entrevistarse con Hitler. Dos días más tarde éste se comprometió a enviar secretamente veinte aviones de transporte, Junker 52, y seis cazas, Heinkel 51, a través de una ficticia compañía privada, la Sociedad Hispano Marroquí de Transportes, con su equipo técnico y tripulación correspondiente. Con ellos, el general rebelde pudo trasladar sus tropas desde África a la Península.

La ayuda alemana obedecía a razones político-estratégicas; el triunfo de un golpe militar en la Península alteraría el equilibrio de fuerzas en Europa Occidental, y privaría a Francia de un aliado .Faupel, el primer representante diplomático alemán ante Franco recibiría instrucciones bien concretas, *“intentar que cuando llegara el enfrentamiento definitivo para una nueva estructuración de Europa,” España fuera aliada de Alemania.*

La posibilidad de que en España se instaurara un régimen comunista fue convenientemente explotada, primero para convencer a Hitler de la necesidad de la ayuda, después para justificar su postura.

Otras razones eran de índole económicas, a cambio de la ayuda militar otorgada a España la industria del Reich recibiría alimentos, materias primas y minerales extraídos del subsuelo español. La importación de minerales estratégicos procedentes de España pasó de 562.584 toneladas en 1935 a 895.000 toneladas en 1938, y la de minerales de hierro de 1.321.000 toneladas en el mismo periodo.

El apoyo de Hitler a Franco se estableció desde el principio en términos estrictamente comerciales, a saber, se entregarían armas a cambio de materias primas, pero una parte del mismo se convirtió en créditos y anticipos, entre los que destacaría el que serviría para sufragar los gastos de la Legión Cóndor. Todos ellos fueron gastos contabilizados y posteriormente cobrados, bien directamente, bien a través de las relaciones especiales de las que se beneficiaron los empresarios y las empresas alemanas, que extendieron sus bases comerciales por la Península y ampliaron su presencia en sociedades españolas. De tal manera que en 1939, como indica Pablo Martín Aceña, Alemania se había convertido en el principal cliente y proveedor del mercado español y el capital germano había penetrado en numerosos sectores de la Península.

La ayuda italiana también obedeció en primera instancia a razones geoestratégicas, con ella era posible obtener un aliado en el Mediterráneo Occidental a un bajo costo y con un riesgo limitado, pero Mussolini tenía muy claros sus propósitos, y estos no eran otros que la necesidad de que Italia obtuviera el libre acceso al mar. El riesgo del bolchevismo en España también fue convenientemente utilizado, pero siempre prevaleció la idea de la necesidad de que las tropas francesas no pudieran transitar libremente desde África y de que se tomaran en consideración las necesidades italianas en el ámbito económico. Cuando Moscú se decidió a intervenir, tanto Italia como Alemania encontraron el argumento necesario para justificar el incremento cualitativo y cuantitativo a Franco, poniéndose en evidencia el absoluto fracaso de la política de no Intervención colectiva.

A finales de Octubre de 1936 Hitler decidió enviar una unidad aérea nueva, con la consideración de cuerpo autónomo, con sus propios jefes y oficiales, pero en contacto directo con Franco. Así llegó en noviembre a España una unidad de choque de élite, la legión Cóndor, que tendría en la guerra de España un campo de entrenamiento sin parangón. Nunca hubo más de 5.600 hombres en la Península y éstos eran reemplazados continuamente, con el fin de extender la experiencia bélica al mayor número de soldados alemanes posibles. Los aviones

que formaban parte de esa unidad de élite serían permanentemente unos 140, con un batallón de 60 cañones antiaéreos y otro de 48 tanques. Sus jefes serían generales de la Luftwaffe, Sperrle, Wolkman y Von Richtofen sucesivamente y participaron en casi todas las operaciones militares hasta el final de la guerra. Los italianos poseían un mayor interés estratégico y político en la marcha de los acontecimientos en España. En noviembre de 1936 Franco y Mussolini firmaron un tratado secreto de amistad y colaboración, que suponía el respeto por parte de Italia de la independencia e integridad española, pero también reclamaba una “actitud de neutralidad benévola” del lado de España en el supuesto caso de que Italia entrara en guerra. Entre Diciembre de 1936 y enero de 1937, Mussolini envió el Corpo di Trope Volontaire, al mando en primer lugar de Roatta hasta el desastre de Guadalajara y más tarde de Bastico, Berti y Gambaro sucesivamente. El CTV constaba de unos 40.000 soldados de forma permanente; junto a ellos llegaron las fuerzas aéreas, la Aviación Legionaria, unos 6.000 hombres con sus correspondientes equipos y aparatos militares.

Todas estas ayudas debían ser retribuidas económicamente, de manera que las autoridades rebeldes debieron asumir su endeudamiento con las potencias del Eje e intentaron compensarlo con una favorable balanza de comercio exterior, esencialmente a través de las exportaciones de minerales de hierro y de pirita.

A partir del verano de 1937 el apoyo bélico de estas potencias se fue reavivando, en una proporción que no podía ser compensada por los envíos militares soviéticos ni por el contrabando de armas en otros escenarios, afectando profundamente a la marcha de los acontecimientos bélicos, y dejando a la República en una clara situación de desventaja. Situación que no hizo más que agravarse a medida que Hitler llevaba a cabo sus golpes de fuerza, primero con la anexión de Austria, después con la crisis de Checoslovaquia y el Acuerdo de Munich que suponía la desmembración de esta nación. Para entonces ya había quedado meridianamente claro que las potencias democráticas europeas se hallaban inermes y no estarían dispuestas a mover un solo dedo por España. Por tanto, es indudable que los condicionamientos del marco exterior influyeron decisivamente en la marcha de la contienda española, bien por las ventajas que

supusieran, bien por las servidumbres que arrastraran. Y también es indudable que sin la constante ayuda diplomática, militar y financiera que Hitler y Mussolini proporcionaron a Franco, éste no hubiera conseguido su victoria incondicional y absoluta. Pero también no es menos cierto que de no haber existido el acuerdo de no Intervención y la inhibición de las grandes democracias occidentales, la República no habría sufrido una derrota en tales términos.

Por último, cabe citar a Portugal que si bien no prestó un auxilio económico ni militar, si se alineó desde el primer momento junto al bando de Franco, prestando una ayuda diplomática y logística; de hecho su permiso a que las tropas sublevadas discurrieran por su territorio contribuyó al éxito de las operaciones militares del bando insurgente. Salazar permitió que Portugal se convirtiera en centro de importación y compra de armas que procedían de Italia y de Alemania y animó a que se alistaran voluntarios lusos junto a Franco, los célebres Viriatos, que llegarían a ser unos 10.000 hombres

LA AYUDA SOVIÉTICA

Cuando estalló la guerra civil española Stalin se hallaba enfrascado en la tarea de construir el socialismo en un solo país y en las luchas internas dentro del PCUS .Mantuvo silencio durante un tiempo, a la espera de la reacción de las potencias occidentales, en concreto de Francia, con quien había firmado un pacto de ayuda mutua en mayo de 1935.Su mayor preocupación consistía en Alemania y dado el cariz que tomaba la agresividad germana no podía alejarse demasiado de sus aliados occidentales, franceses y británicos.

Tan sólo existieron manifestaciones populares en Moscú a favor de la República española y reuniones de la Internacional Comunista el día 21 de Julio, que decidieron prestar ayuda inmediata a los luchadores republicanos con fondos y con hombres. a través de la creación de un “*ejército rojo internacional*” .

Stalin se encontraba en una situación complicada, por un lado, no deseaba ganarse la animadversión de sus aliados occidentales, por otro lado, si se inhibía, se exponía a los ataques de sus enemigos en el Partido .Durante los meses de agosto y de Septiembre la ayuda soviética se redujo a víveres y ayuda humanitaria, si bien agentes soviéticos en Francia organizaron en aquel tiempo una red de sociedades para la venta de armamento a las comisiones de compras de la Embajada española.

En el ánimo soviético había pesado sobremanera la idea de que su apoyo otorgaría a Italia y a Alemania el pretexto de organizar una invasión abierta y un volumen de aprovisionamiento que la URSS sería incapaz de secundar. Ahora bien, ya en Agosto de 1936 el nuevo embajador en Madrid, Marcel Rosenberg señalaba que si se incumplía la declaración de no Intervención y se seguía apoyando a los insurgentes, podrían cambiar la decisión de no intervención Hasta Octubre de 1936 no comenzó la colaboración militar en serio, el propio Stalin decidió el envío de armamento a España y encomendó la puesta en marcha de la operación clandestina a la NVKD, que luego se convertiría en la KGB. No se abandonó de modo oficial la política de no Intervención, calcando las maneras

empleadas por Italia y Alemania, pero se comenzó a ayudar militarmente a la II República.

Parece que Stalin se decidió a actuar de esta manera para evitar el deterioro de la posición estratégica de Francia y para poner a prueba la viabilidad de su política de colaboración con las democracias europeas, es decir, para frenar el afán expansionista germano, que atentaba directamente sus intereses. De hecho, los soviéticos identificaban la victoria fascista en España con el aumento de la agresividad de todos los Estados fascistas, pero sobre todo de la Alemania de Hitler, y temían especialmente la guerra en Europa provocada por un ataque de Alemania contra Checoslovaquia y otros países democráticos o directamente una guerra contrarrevolucionaria contra la URSS.

Marcelino Pascua, embajador en Moscú, trasladaría sus impresiones acerca de Stalin a Azaña en verano de 1937, y la certeza del primero de que España no estaba dispuesta para el comunismo. Los soviéticos se preocupaban sobre todo por mantener la paz en el continente y estaban totalmente interesados en ella porque una guerra pondría en peligro el régimen comunista; eran también conscientes de la debilidad de su ejército.

Varios fueron los caminos que transitaron los soviéticos para permitir la resistencia republicana española, la formación de Brigadas Internacionales y el envío de material soviético, sin desdeñar el papel que tuvieron en las actividades de formación y entrenamiento de los mandos, cuadros y soldados del Ejército popular, es decir, de los asesores.

El Komsomol fue el primer barco ruso que transportó armamento a España y llegó a Cartagena el 4 de Octubre. Dio así comienzo un abastecimiento irregular de aviones, tanques artillería y ametralladoras que se mantuvo hasta el final de la guerra. Los suministros militares supusieron un balón de oxígeno para la República española y sobre todo sirvieron para reforzar su capacidad de resistencia. Para hacernos idea de lo que significó, cabe señalar que del total de aviones que la República importó durante la guerra, unos 1272 aparatos, el 60 % procedía de la Unión soviética, y todos eran militares; en el caso de Francia sólo

se trataba de un 21% y una cuarta parte de ellos eran militares. Este es un dato a tener en cuenta, máxime cuando los aparatos de aviación recibidos por el bando sublevado eran de última generación, y la República tenía que pagar a precios elevadísimos aviones civiles o militares de dudosa cualificación.

A pesar de todo, el impacto anímico entre la población por la ayuda recibida es un factor a tomar en consideración, y algunos autores indican que estuvo en el fondo de la resistencia en la ciudad de Madrid. Pero al mismo tiempo generó controversias, en la medida que esta ayuda favoreció el crecimiento del Partido Comunista en la España republicana.

Ninguna guerra se hace sin dinero, es evidente, y en octubre de 1936 el Gobierno republicano decidió depositar en Moscú tres cuartas partes de las reservas de oro del Banco de España, unas 635 toneladas de oro fino, que había sido destinado desde el primer momento a atender los gastos derivados de la compra de suministros y armas en el extranjero. Esa decisión, tan debatida, de trasladar las reservas de oro del banco de España al extranjero se llevó a cabo por varios motivos, entre ellos para garantizar que esas reservas no correrían peligro en el interior del país ni en bancos extranjeros, a través de acciones legales; otro motivo era impedir los continuos actos de sabotaje contra las operaciones financieras republicanas que se habían llevado a cabo en las redes bancarias occidentales, y sobre todo, para asegurar su disponibilidad y convertibilidad gracias al sistema bancario soviético, beneficiándose de su confidencialidad.

Los estudios de Angel Viñas y de Pablo Martín Aceña corroboran que fueron enviadas unas 510 Toneladas de oro de aleación, que sirvieron para pagar los envíos de suministros militares soviéticos y de otros países europeos a la República. Y en contra de lo que se repetía durante la guerra en el bando franquista, y más tarde durante el franquismo, ese oro “*de Moscú*” unos 518 millones de dólares de la época, se gastó en su totalidad en compras de material bélico y en pagos por distintos servicios como carburante, alimentos, pagos de comisiones a intermediarios o en material sanitario. Con los datos que hoy se cuenta es difícil creer la versión de Indalecio Prieto de que ignoró en todo momento los hechos, sobre todo siendo él ministro de Defensa y último

responsable de la base de Cartagena, de donde partió hacia Moscú. Pablo Martín Aceña indica que estuvo en Cartagena, cumpliendo con sus obligaciones, mientras se llevaba a cabo el traslado del metal.

El movimiento del metal se llevó a cabo bajo la supervisión de las autoridades españolas y de los representantes soviéticos, concretamente de Orlov, quien verificó el contenido de las cajas que se encontraban en La Algameca. Desde allí fueron trasladadas durante tres días por sesenta marineros españoles y 20 camiones conducidos por tanquistas rusos al puerto de Cartagena. Esas 7800 cajas de oro salieron de Cartagena el 25 de Octubre de 1936, en cuatro barcos soviéticos, el Jruso, el Kim, el Neva y el Volgores, en cada uno de los cuales viajaba un responsable español. El traslado del metal una vez en Odessa cobró tintes de película de espionaje; la zona próxima al puerto y la estación de ferrocarriles se hallaban acordonadas por tropas del ejército, y las cajas españolas se trasladaron a los vagones de un tren especial que se encontraba estacionado en una vía muerta, y que tras cuatro días de viaje llegaron a Kiev, donde fue almacenado en el Depósito de Metales Preciosos del Estado, el Gokran, y contado parsimoniosamente.

El documento suscrito por el Gobierno español y soviético tras la llegada del oro a la URSS dejaba claro que era un depósito que la República podía emplear libremente, y otorgaba la titularidad del mismo al Estado español y no al Banco de España.

En las transacciones financieras los soviéticos no trataron al Estado español favorablemente ni tampoco le estafaron excesivamente, aplicaron los valores de mercado en el momento en el que se llevaban a cabo. Una parte de los dólares obtenidos se quedaron en Moscú, para saldar los suministros enviados y el resto se transfirió a la Banque Commerciale pour l'Europe du Nord en Francia, para hacer frente a los suministros procedentes de este país. Pero para hacernos una idea de la cuantía, en sólo nueve meses la República se había gastado la mayor parte del oro depositado en la capital soviética. No es de extrañar pues que desde 1937 Negrín viniera insistentemente solicitando de la URSS un sistema crediticio y

el envío de material de guerra .En 1939 la potencia soviética concedió un préstamo sin garantía, pero en realidad ya era muy tarde para la República. La República española estaba en manos de quien deseara ayudarla, por lo que resultaba lógico que pagara material anticuado e ineficaz a precios de mercado internacional y sin ningún tipo de descuento. Un trabajo de Maria Dolors Genovés muestra que la cantidad de material bélico que enviaron los rusos fue menor de lo que se consideraba hasta ahora .Remitieron toda clase de artículos, aviones de combate, bombarderos, artillería antiaérea, tanques, rifles, ametralladoras, granadas, equipos de comunicaciones , repuestos y municiones de todos los calibres. Pero excepto los aviones y los tanques que podían ser considerados aceptables, la inmensa mayoría de los suministros eran piezas de museo, material de desecho bien de la guerra ruso japonesa o de armamento de la I Guerra mundial que había sido capturado a distintos ejércitos .Genovés ha demostrado que los rusos jugaron con ventaja, cobrando precios arbitrarios a tipos de cambio irrealistas. Un ejemplo es el valor atribuido a los tanques que venían a estar a menos precio que los similares en Alemania, y sin embargo cobraban las piezas antiaéreas a diez o veinte veces más que en el mercado. Se calcula que el coste financiero de la guerra civil en el bando republicano fue de unos 744 millones de pesetas, y que más o menos la cuarta parte de esta cantidad fue pagada al Banco de Francia, con lo que queda claro que “*el oro de Moscú*” no benefició únicamente a los soviéticos.

Zugazagoitia describió los verdaderos motivos que habían llevado a la República al acercamiento con Rusia. “*Acudimos a su amistad cuando nos sentimos desahuciados de las que con más intensidad habíamos cultivado. (España no se había hecho de la noche a la mañana comunista. (..) Rusia era nuestro único asidero.*” (Viñas, la soledad de la República, pag.260)

El mismo autor socialista señalaba que en aquel momento necesitaban tener relaciones diplomáticas con esa potencia, que hasta la fecha no existían. Así, el día 31 de agosto de 1936 Marcel Rosenberg presentaba sus credenciales como embajador soviético en Madrid. Rosenberg era uno de los colaboradores de

Litvinov y secretario general adjunto de la Sociedad de Naciones; su actuación en España según quienes le trataron no estuvo a la altura de las circunstancias, se comportó de forma poco diplomática y le tuvieron que llamar la atención en muchas ocasiones, incluso desde la URSS sobre todo cuando intentó dirigir a Largo Caballero.

Una serie de personajes acompañaron a la legación diplomática, observadores, propagandistas y expertos militares camuflados. Con Rosenberg viajaron Lev Gaikis como consejero político, Gorev como agregado militar y Winzer como agregado comercial. Gorev trabajaba para el GRU, había participado en labores de inteligencia en Estados Unidos y China y tenía buena reputación; el 5 de Septiembre de 1936 ya le había extendido el gobierno español una autorización para poder visitar los frentes y las zonas de guerra.

Winzer todavía sigue siendo un misterio; algunos autores le identifican como Artur Stjewsky, probablemente un doble agente, tanto del GRU como del NKID, los dos organismos rusos encargados de la acción exterior estatal. La presencia de agentes soviéticos del GRU en la Península es probable que fuera previa a este momento, pero no hay duda que se decidió enviar a agentes nuevos.

Una amplia gama de colaboradores, entre ellos Nikolai Kuznetsov, agregado naval, y militares dirigidos por Jan Berzin, antiguo agente del GRU, serían encargados de visitar diariamente los frentes.

Se alojaron en un hotel de la Gran Vía, con *“imponente aparato de fuerza(..)en su entrada y salida, rodeando un espeso cordón de soldados una cuadra entera de esa calle madrileña, suspendiéndose el tráfico”*.

Por las mismas fechas se estableció en Barcelona un consulado general soviético, dirigido por Vladimir Antonov-Ovseenko, ex oficial de carrera que había asumido el mando de las fuerzas que habían asaltado el Palacio de Invierno, y más tarde había sido representante en Lituania, Checoslovaquia y Polonia. El 4 de Octubre recibió la noticia de que le ponían a su disposición un agregado militar y un ayudante, camuflados bajo la cobertura de vicedcónsul y segundo secretario, que dependerían de Gorev en Madrid y que deberían informar sobre temas militares.

En Bilbao existía una tercera delegación dirigida por Tumanov, con un agregado militar, un tal Jansson y un secretario de embajada, denominado Struganoff, y es probable que el primero de ellos perteneciera al GRU.

Parece ser que el informe enviado por Gorev desde España el 25 de Septiembre pesó mucho en el ánimo de los gobernantes soviéticos. En él preconizaba la fusión del PSOE y del PCE, predecía la inevitabilidad de la confrontación con los anarquistas y analizaba la situación del PCE. Señalaba que no había tenido demasiada fuerza entre las masas pero que ahora muchos jóvenes oficiales se estaban uniendo a sus filas. Hablaba de cómo los sublevados mantenían la iniciativa en casi todos sus frentes y cómo las jóvenes unidades milicianas se retiraban al primer envite. Terminaba diciendo que el Gobierno de la República debía resolver ante todo el problema del liderazgo político, y que era necesario crear un nuevo ejército, atendiendo a la formación de los mandos. Vicente Rojo trazó un retrato favorable de Gorev, tachándole de “extraordinariamente inteligente, correctísimo, discreto, activo, sincero y militar”. A Rojo le atraía del soviético su claro criterio militar, que le servía para analizar todas las cuestiones, y sobre todo su educación, *“a pesar de mis ruegos de que prescindiese de formalismos, jamás se permitió venir a mi despacho sin pedir autorización previa para hacerlo”*. (Rojo, 1967, pág.214)

Un personaje que apareció un poco más tarde por la legación diplomática soviética fue Orlov, un agente de la NKVD, quien no gozó de las simpatías de los españoles ni del propio Berzin, porque *“se entrometía con frecuencia en asuntos que no le competían”* (Viñas, pag.261 de la soledad de la República.), vivía en el apartamento superior de la embajada y controló el oro en Cartagena. De acuerdo con sus memorias, bastante controvertidas por cierto, acudió a España para ayudar a los republicanos a montar un servicio de inteligencia militar y desarrollar las bases para una guerra de guerrillas. Probablemente exagerara, pero es cierto que gozó de un gran poder en la Península. Angel Viñas le denomina *“cuasi exterminador”*, porque si no pertenecía a los killers profesionales si se encontraba entre los que no dudaban un segundo en contribuir al derramamiento de sangre ajena. Una de las tareas fundamentales de Orlov en España consistió en purgar a

los disidentes soviéticos, como prueban los recientemente desclasificados documentos del NKVD. En el capítulo de la represión de esta obra podemos observar su participación en el secuestro y ejecución del líder del POUM, Andres Nín.

Una vez que se decidió enviar la ayuda soviética se planteó que debería prepararse a los receptores de la ayuda para facilitarles su empleo táctico y estratégico, de manera que no se desperdiciara el material recibido, surgieron así los asesores soviéticos. Angel Viñas habla en “El escudo de la República” pág 313 de la información aportada por un ex teniente de artillería del ejército checoslovaco. Este militar de artillería distinguía entre los militares en activo en el Ejército Rojo y los comunistas extranjeros que se habían refugiado en la URSS. Los primeros dependían únicamente de la embajada soviética, en la que figuraban como funcionarios bajo seudónimos. Ejercían su oficio en uniformes de cuero, y con la ayuda de intérpretes de las Brigadas Internacionales. Se alojaban en los edificios de la embajada y de los consulados soviéticos, en hoteles o en casas alquiladas expresamente para ellos. Vivían aparte. Se mostraban muy reservados, prácticamente inexpugnables. Vendrían a ser unos 2000 y se les pagaba a través de la embajada; su estancia duraba unos seis meses y después se establecía una rotación. Desempeñaban la función de consejeros técnicos e instructores. Los primeros se habían incorporado a cada brigada y cuerpo del ejército. Se entendían mal con los españoles y sólo tuvieron éxito en las brigadas comunistas. Los segundos se centraban sobre todo en la artillería, y sus rasgos eran una carencia absoluta de cultura, cuatro ideas aprendidas de memoria y tomadas de Marx, Lenin y Stalin, una especialización técnica demasiado estrecha, relaciones con oficiales españoles no muy buenas(, pag 316)

La estructura del aparato de consejeros militares soviéticos estaba organizada de forma que la ayuda abarcaba tanto a los órganos centrales de la República, cuanto a las unidades, divisiones y destacamentos militares. Este aparato estaba dirigido por un Consejero Militar jefe, con cuartel general propio; a éste se le subordinaban los consejeros. El grupo fundamental de consejeros trataba de

forma directa en las unidades militares y flota. Entre 1936 y 1937 desempeñó el cargo de Consejero Militar en España Janis Berzin , quien tenía bajo sus órdenes a los generales Jakob Shmuschkievitch, el general “Douglas”.A Berzin le sustituyó G.Stern en 1937 y a este K.Kachanov en 1938.

Perea habla de su trato con los consejeros rusos y señala que *“todos poseían la mentalidad y la cultura militar y general de un suboficial profesional corriente”*, y como debía parecerle algo excesivo su comentario prosigue *“casi todos ellos eran excelentes padres de familia que se conmovían al enseñar los retratos de la esposa e hijos quedados en la lejana Rusia, llenos de inmejorables deseos hacia nosotros, tardos de comprensión”*(pag.209).La relación de los consejeros rusos con los militares republicanos no eran a veces muy cordiales, los motivos podemos adivinarlos fácilmente, la negativa de estos a subordinarse a aquellos. Por eso hablando del coronel Komdrachof, un asesor que estuvo al lado del jefe del XXI Cuerpo ,Perea relata *“Komdrachof trató de imponer desde el primer instante su voluntad y su criterio ,pero ante la actitud firme no exenta de cortesía que le salió al encuentro, se doblegó fácilmente y dejó de ser el emisario del Partido, para trocarse en un compañero de todas las horas, valiente, amable, y en un excelente intermediario con los altos mandos militares rusos”* .(pág.210)

La propia dinámica de la guerra permitió la presencia en España de multitud de individuos de dudosa adscripción, interesados en difuminar su vida y sobre todo, sus actividades Entre ellos destacaríamos a Sergei Ginzburg, también conocido como “Sierra Charriba”, escritor, espía, aventurero y sobre todo antifascista. En su libro “Misión en Madrid” se refieren algunas cosas que arrojan luz sobre las actividades de la legación soviética en España, concretamente sobre Gorev, que había montado un cuerpo de élite, el Batallón Móvil de Asalto ,un grupo de soldados seleccionados por su habilidad para el combate que dispondría de los medios más modernos pero que a cambio debían ser *“eficaces y letales”*. Su misión era clara ,de inteligencia tras las líneas enemigas, pero sin tener contacto con la unidad de guerrilleros creada por aquellas fechas.También se encargarían de escoltar a personalidades o de perseguir a quintacolumnistas Ginzburg combinó sus actividades de inteligencia con la fotografía, entablando relación con

Gera Gardo y Robert Capa, constituyendo “la brigada Leika” es muy probable que muchas de las fotografías del archivo del PCE sean suyas por el encuadre y el tipo de cámara que empleaba.

El trabajo de los consejeros se movía entre el asesoramiento puro y la necesidad de influir en la marcha de los acontecimientos. Kowalsky (pag 263) reconoce que se siguió una buena parte de los consejos y que los asesores a veces se atribuyeron a si mismos gran parte de los cambios básicos en la organización militar republicana. A veces los rusos tenían que mediar en las disputas entre los distintos comandantes españoles republicanos, de hecho tanto Berzin como Stern recomendaron que cuando existiera animadversión entre distintos jefes españoles por razones de índole estratégica, no perdieran su objetividad y no hablaran de su pertenencia al Partido Comunista.

La influencia alcanzada por los consejeros rusos sobre la evolución política y militar de la España republicana, fue considerable, no en vano fue el que permitió a la República continuar la resistencia, y por ende se extendió al Partido Comunista de España, que vio crecer su afiliación considerablemente. Compartían el mismo sentido de las cosas, sobre todo en el aspecto de la guerra, resistir a ultranza, necesidad de un orden y de una disciplina y subordinación a los objetivos políticos. Esta simbiosis agudizada en un momento en el que la talla intelectual de los dirigentes del Partido Comunista de España al menos dejaba bastante que desear, - se limitaban a repetir incasables las consignas de un discurso ajeno-, derivó en un alejamiento de la marcha de la política de multitud de republicanos y miembros de otros partidos, acentuado a partir del momento en el que se trasladaron a la Península los conflictos políticos de la URSS, que afectaron no sólo a los pumistas y anarquistas sino también a los mismos miembros de la delegación soviética, muchos de los cuales sufrieron también las purgas stalinistas. Tanto los comisionados rusos como sus homónimos españoles fueron constantemente vigilados por los representantes de la NVKD, la todopoderosa policía política rusa, en manos de Orlov. Este aspecto era desconocido lógicamente por los españoles, pero era perfectamente sabido por los rusos, quienes tenían cada vez que eran llamados a Moscú. Rojo y Negrín

fueron acusados de ser manipulados por los soviéticos y de servir a los intereses de los mismos, cuando todo parece demostrar que trataron de salvar su independencia en todo momento y que en realidad se apoyaron en los únicos que les prestaban auxilio.

La ayuda soviética contribuyó a que Gran Bretaña y Francia se afianzaran en su política de no intervención, a pesar de que reconocieran que la URSS no trataba de implantar en España el régimen comunista. El 8 de Marzo de 1937 se aprobó el Plan de Observación de las fronteras españolas terrestres y marítimas, que suponía la vigilancia de las costas españolas por parte de varias flotas de cuatros países firmantes del acuerdo, que tenían derecho a detener y registrar todos los buques mercantes europeos .Curiosamente, junto a Gran Bretaña y Francia, las otras dos potencias navales encargadas de vigilancia fueron Alemania e Italia .Al mismo tiempo una serie de observadores internacionales se trasladó a las fronteras terrestres españolas con el mismo cometido. Era evidente que esta supervisión no tenía poder de control, sólo de observación y de nuevo el Comité de Intervención mostraba su indefensión y su inutilidad.

Más tarde se propusieron otras medidas para lograr la paz en España, la búsqueda de un acuerdo de todas las potencias del Comité para proceder a la retirada de los combatientes extranjeros, y la colaboración de las potencias del Eje para mediar entre los combatientes españoles , intentando evitar que se instalara en España un régimen político potencialmente antibritánico y antifrancés.

El 26 de Mayo de 1937 se aprobó la retirada supervisada de los “voluntarios” extranjeros en España, aceptado plenamente por Italia y Alemania, con la seguridad de que volverían a incumplir este acuerdo, como de hecho ocurrió pues su ejecución práctica resultó muy laboriosa. Tan sólo afectó a los voluntarios que apoyaban a la República, los denominados Brigadistas Internacionales.

LAS BRIGADAS INTERNACIONALES

Los primeros extranjeros que lucharon al lado de los republicanos se encontraban ya en España el 18 de Julio de 1936. Eran refugiados políticos italianos y alemanes, como el socialista italiano De Rosa, pero predominaban los anarquistas. A ellos se unieron algunos deportistas que habían llegado para participar en las Olimpiadas de los Trabajadores, las Espartaquiadas, cuya inauguración estaba prevista para el 19 de Julio en Barcelona. Unos exiliados polacos y alemanes participaron en los combates de los primeros días, agrupados en la centuria Thaelmann. Tras la noticia del golpe, una serie de personas atravesaron la frontera, solos o en grupos, alguno de los cuales tendría una importancia política en el futuro como Simone Weil, quien participó en la columna Durruti hasta que fue herida. Como Weil se presentaron en Barcelona Willy Brandt, Max Diamant, Golda Fridemann o Albert Schreiner.

Los consulados españoles fueron bastante reacios al alistamiento, por las complicaciones diplomáticas que podían derivarse, pero sin embargo los diplomáticos españoles reclutaron directamente a oficiales de reserva tanto en Francia como en América Latina, porque escaseaban los militares profesionales, sobre todo pilotos y personal de vuelo, a quienes llegaron a pagar precios astronómicos. Entre el 19 de Julio y el 10 de Septiembre atravesaron la frontera de Cerbère unos 1200 voluntarios, llenos de buena voluntad, pero indudablemente lo que precisaba la República eran cuadros y mandos.

Los voluntarios se agrupaban en las milicias según sus afinidades políticas o su procedencia; los anarquistas marcharon a Aragón, con la columna Durruti, los franceses se inscribieron en la Commune de Paris, los italianos en la centuria Gastone Sozzi. Tal vez la organización más eficaz fuera la escuadrilla de aviación España, creada por André Malraux, en la que participaban mercenarios y

voluntarios, que con sus veinte aparatos bombardearon Medellín, y con sus cuarenta aviones de caza relevaron a la aviación republicana, que carecía de aviones modernos

El 7 de agosto, el Comité Central del Partido Comunista alemán convocaba en sus periódicos a los militantes que tuvieran alguna experiencia militar para unirse a las milicias republicanas. Y por aquellas fechas en París se presentaban ante Giulio Cerreti, representante de Mano de Obra Inmigrada, diversas delegaciones de inmigrantes militantes para solicitar que el Partido enviara a España a hombres que conocieran el manejo de las armas. La dirección del Partido Comunista Francés recibió la autorización de Moscú para organizar a los hombres que llevaban semanas esperando, todos ellos se trasladaron a Irún.

A finales de Agosto visitó Madrid Luigi Longo, del Partido Comunista Italiano, y más tarde lo hizo Randolpho Pacciardi, dirigente del Partido Republicano Radical; ambos estaban de acuerdo en lo sustancial, la participación de sus compatriotas en la defensa de la República, pero Largo Caballero se mostraba reticente. André Marty y Vital Gayman, del Partido Comunista Francés, acudieron a España en calidad de observadores militares; dieron cuenta de lo que suponía la participación de los extranjeros en los primeros combates y de las carencias técnicas de los milicianos españoles.

La Unión Soviética no podía enviar masivamente militares a la Península Ibérica, por cuestiones de política exterior, pero sí que era posible que la Comintern organizara un cuerpo internacional. La *“cuestión española”* se trató en una reunión del Presidium de la Internacional Comunista el 18 de septiembre de 1936 en Moscú y se decidió proceder al reclutamiento, entre los obreros de todos los países, de voluntarios que tuvieran experiencia militar para enviarlos a España; nacían así las Brigadas Internacionales, por decisión concreta de la Comintern, pero a partir de un movimiento espontáneo de los militantes. Las gestiones con Largo Caballero llevaron algunas semanas y finalmente se decidió que Albacete fuera su sede, llegando 1500 voluntarios el 14 de Octubre.

Cuando las Brigadas Internacionales llegaron a España, en las milicias se rechazaba abiertamente cualquier atisbo de militarización y de disciplina; el nuevo cuerpo se distinguiría precisamente por su elevado grado de disciplina por su militarización, pero algunas cuestiones, como la elección de los jefes, que venían dados, el saludo a los superiores, los grados y categorías dentro del cuerpo produjeron reticencias. Los mismos superiores, recién nombrados, aceptaban con dificultad ciertas atribuciones de su rango como llevar galones, permanecer en salas de oficiales, porque sus subordinados eran compañeros de barrio, de trabajo, y habían venido todos juntos. El testimonio del general Walter no deja lugar a dudas de la situación *“ser un antifascista revolucionario” autorizaba a debatir con el comandante, a tutearlo con las manos en los bolsillos y el cigarrillo en los labios.* (pág 6 de Rémi Skoutelsky. Actas del Congreso de la guerra civil. 2006)

Los primeros días en Albacete no fueron sencillos, carecían hasta de agua para lavarse, y teniendo en cuenta las altas temperaturas de la época, el adiestramiento en los cuarteles resultó cuando menos difícil.

En algún momento, como denunciaba Gayman el 28 de Julio de 1937, los brigadistas internacionales tuvieron la sensación de que los jefes políticos y militares republicanos les consideraban como una legión extranjera, que combatían por dinero y que estaban obligados únicamente a obedecer, y se quejaban de que sólo servía para *“ser sacrificada”* . No les faltaba razón, pues estuvieron presentes desde el primer momento en las batallas más sangrientas, ocupando los primeros puestos, de choque.

Cuando en septiembre de 1937 se les otorgó el estatus adecuado, los poderes del Estado Mayor de Albacete disminuyeron ; los Internacionales se vieron sujetos al código militar y a los estatutos del ejército, como los soldados españoles; la Intendencia y los servicios sanitarios quedaron supeditados al ejército.

Suele creerse que el contingente brigadista era muy numeroso, pero no es cierto, nunca hubo más de 15.000 hombres simultáneamente en acción. Se trataba de individuos de una veintena de países entre los que destacaban los

rusos, austríacos, norteamericanos, húngaros, polacos, belgas, canadienses, argentinos y hasta japoneses, si bien éstos últimos provenían de Estados Unidos. Por regla general habían emigrado a otros países o eran exiliados políticos para los cuales participar en la guerra de España significaba *“hacer algo en la vida”*. Gustav Regler lo expresó con meridiana claridad *“en su mayor parte eran emigrados, humillados desde hacía tres años por los chupatintas de las prefecturas de París, Praga o Suiza, muchas veces obligados a presentarse todos los días en las ventanillas para obtener una prórroga de permanencia, y se sentían felices de tener un arma entre las manos y una ciudad que defender .La muerte que planeaba sobre sus cabezas les daba dignidad”*.

Los más numerosos provenían de Francia, las brigadas 14 y 14 bis fueron esencialmente francesas, si bien había también franceses en la 11ª, en el batallón Commune de París, en la 12ª, el batallón franco-belga y en la 13ª el batallón Henri Vuillemin .Después estaban los anglosajones, ingleses, norteamericanos y canadienses que se agrupaban en el batallón Lincoln.

Tenían en común el antifascismo y el pacifismo, creían que *“ si los fascistas alemanes, italianos y españoles vencían, vendría la guerra “*; se presentaban como contrarios a la política de no intervención y un factor fundamental del alistamiento fue la solidaridad de clase. Algunos deseaban participar en la revolución española, otros repetían la consigna de *“crear soviets por todas partes”* y sin embargo otros creían que el Frente Popular era una trampa de los comunistas españoles para instaurar progresivamente la dictadura del proletariado. Unos querían emanciparse de sus familias, otros superar un fracaso conyugal, otros tenían sed de aventura, y otros, por qué no decirlo, simplemente estaban en el paro cuando decidieron enrolarse. Pero en todos ellos pesaba la solidaridad internacionalista.

Los cuadros superiores eran de todas las naciones, quienes ocupaban la mayor parte de los puestos eran originarios de la Europa central .En Albacete se vivió también la dualidad de poder entre el mando militar y el comisariado. Las cuestiones militares entraban dentro de la jurisdicción de los oficiales franceses,

sobre todo de Vidal Gayman, “el comandante Vidal” y la dirección política estaba a cargo de Di Vittorio, Longo y sobre todo de André Marty.

La base dejó de ser un centro de recepción de los voluntarios internacionales y se convirtió en centro de movilización de las unidades que se enviarían al frente y en centro de instrucción y de dirección general de los servicios. Se construyeron junto a la base campos de instrucción y una escuela militar para oficiales y comisarios políticos. También había un taller de reparación de materiales de guerra y más tarde se instaló una fábrica de granadas.

Un problema añadido fue que no existiera una distinción nítida entre el comandante de unidad y el comisario político; al principio éste último se distinguía por su uniforme, y aunque debía dedicarse a las cuestiones humanitarias, acabó siendo su función la evacuación de heridos, los servicios sanitarios y postales y los problemas de abastecimiento. Para 1938 ambos papeles estaban absolutamente confundidos.

Las Brigadas Internacionales sufrieron diversas reagrupaciones, derivadas de las bajas que se produjeron en ellas, bajas considerables desde el momento en el que se las consideró una fuerza de élite y se las destinó a los lugares más difíciles. En torno a ella se tejió una leyenda, la de la solidaridad internacional. Fueron los últimos combatientes románticos, a la manera de los que intervinieron en las revoluciones europeas de 1830 y 1848. Cuando regresaron a sus lugares de origen, tuvieron que purgar su participación en la contienda.

Algunos no tuvieron esa fortuna, quedaron para siempre en España, entre ellos David, un joven judío que escribía en idish a su familia “*Muy, muy queridos, muy, muy amados papá y mamá; estoy sentado en una montaña entre viñedos y olivos cubierto de la sangre de España. Miro la caída del sol y lloro, lloro, lloro*”. Unas semanas más tarde, cuando su familia recibiera la misiva, caería en combate.

La presencia de judíos en la guerra civil está siendo últimamente documentada; muchos de ellos formarían parte de las Brigadas Internacionales e incluso en un momento determinado, se crearía una compañía, la Bodwin, dentro de la XIII Brigada Dombrowski, en el batallón Palafox (orden del día del Estado Mayor de la XIII Brigada Dombrowski), llegando a editar un periódico en idish (12-12 de

1937). Numéricamente fueron el segundo contingente de extranjeros presente en las Brigadas Internacionales, después de los franceses. Cualitativamente también tuvieron importancia; el general Kleber, (Manfred Stern) de la XI Brigada Internacional, el general Lukacs (Mata Zalke) de la XII y el general Waclaw Romar de la 129ª eran judíos. No sólo tuvieron un papel importante en la defensa, algunos vinieron a prestar auxilio médico, entre los que se contaban 127 médicos judíos, de los cuales eran 12 mujeres y 600 enfermeras. Edward S. Barsky llegó a ser director del Servicio Sanitario de Cataluña. Las razones por las que intervinieron las explicó un voluntario a su comisario *“Soy un buen antifascista (..) Tengo razones para serlo. Soy judío y ésta es la razón por la que llegué a España. Se lo que significará para mi gente si el fascismo llegara a ganar”*. En las Brigadas Internacionales no sólo existían comunistas, pero es cierto que los partidos comunistas en el exilio, como el italiano y el alemán, desplazaron literalmente su centro de gravedad a las Brigadas Internacionales. Llegaban dirigentes desde la URSS o desde Francia, como Dalheim, Luigi Longo, Ulbricht e incluso el Partido Comunista alemán llegó a fundar su propio servicio de “contraespionaje”, dirigido por Ulbricht y al que se acusaba de perseguir a los opositores comunistas de izquierda alemanes, dentro y fuera de las Brigadas Internacionales.

En el organigrama del poder estaba a la cabeza la Comintern, representada por André Marty, uno de sus siete secretarios, y por los enviados de los diferentes partidos comunistas, a los que se añadían Belov o Francois Billoux, enviados de la Comintern en misiones oficiosas. Cohabitaban con asesores militares soviéticos y con enviados de la Internacional ante el Partido Comunista Español como Palmiro Togliatti.

Todos los miembros de las Brigadas Internacionales tuvieron que sacarse el carnet del Partido Comunista de España, y las tareas de los distintos comités era vigilar el comportamiento de sus miembros, algunas veces se redactaban informes en los que se incidían en los fallos o defectos existentes y más tarde sirvieron para

los interrogatorios, cuando regresaron a sus países de origen. En los archivos de Moscú existen miles de listados y de notas relativas a los voluntarios.

Las perturbaciones de la Internacional Comunista se notaron en las Brigadas, muchos de cuyos mandos fueron retirados, trasladados a la URSS y eliminados.

También se notaron los efectos de la persecución del POUM; era un ejército controlado por la Internacional comunista, pero no era de el ejército de la Comintern.

En 1938 es bien sabido que los brigadistas internacionales tuvieron que abandonar España, Pasionaria les despidió en Barcelona con un discurso célebre *“No os olvidaremos, y cuando el olivo de la paz florezca, entrelazado con los laureles de la victoria de la República española, ¡volved!”*